

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 12, capítulo CCXL

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 12, capítulo CCXL

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo CCXL

**Juárez decidido a poner orden
en la Hacienda Pública**

Octubre a diciembre de 1867

CCXL

JUÁREZ DECIDIDO A PONER ORDEN EN LA HACIENDA PÚBLICA

Octubre a diciembre de 1867

Pasadas las elecciones, y no obstante que parecía probable el triunfo de Juárez, de acuerdo con la Constitución, si la votación no alcanzaba una mayoría de votantes, tenía el Congreso la facultad de escoger entre los candidatos de más alta votación. Esa era la esperanza que animaba a Justo Benítez, cabeza posible del porfirismo.

Juárez con toda tranquilidad esperaba la llegada de las actas de elección; pero no por ello descuidaba su alta misión; pese a la duda sobre su reelección, consideró conveniente poner en marcha sus propósitos de reforma administrativa.

En carta de 15 de octubre, que dirige al general Ramón Corona, examina el convenio celebrado con la casa Oetling y Compañía; y expone con amplitud las razones por las que no le parece conveniente aceptar arreglos de esa índole, recordando que él, Corona, cooperó eficazmente para arreglar la administración del manejo de recursos aduaneros del occidente del país.

Todavía sin recibir la carta anterior, por las lentas comunicaciones, el general Ramón Corona, desde Guadalajara, escribe una muy amplia carta a Juárez en que expone sensatas reflexiones sobre la necesidad de fomentar el comercio; concluye presentando propuestas que consisten fundamentalmente en rebajar los aranceles y dar plazos para el pago de los derechos aduanales a los comerciantes.

El gobernador de Sinaloa, Domingo Rubí, no obstante las frecuentes indicaciones del gobierno, hace un arreglo con comerciantes de Mazatlán, con el objeto de disponer de fondos aduanales, lo que se

apresura a informar a Juárez, quien contesta esta carta tan luego la recibe, diciéndole, con toda franqueza, que no puede "aprobar ese género de operaciones ruinosas".

Al gobernador de Zacatecas, Miguel Auza, le ratifica, el 12 de noviembre, su negativa a la reiterada petición de que el 3% sobre la plata extraída en esa entidad quede a favor del estado.

El gobernador de Sonora, Ignacio Pesqueira, también tomó dinero de las rentas aduanales, no obstante las protestas del administrador de la aduana, quien fue obligado por la fuerza a entregar los fondos. Juárez recibió, hasta fines de noviembre, la carta de Pesqueira de 20 de julio, en que le informa lo anterior y, acaso para presionar, anuncia que ha pensado renunciar.

El presidente le contesta en forma seca; le anuncia que por conductos oficiales se enterará de las disposiciones tomadas y, ante el planteamiento de su renuncia, le dice "no creo tener derecho a oponerme a ese pensamiento".

El gobierno federal retiró a Pesqueira el mando de las fuerzas militares y se lo confió al general Jesús García Morales, a quien Juárez le escribe reiterándole que sólo debe obedecer órdenes del gobierno general.

La mala costumbre de los gobiernos locales de utilizar fondos federales era un mal endémico que parecía difícil de contrarrestar. Luis Terrazas, gobernador de Chihuahua, insiste en que se cedan las rentas federales, si bien ofrece justificar el empleo de ellas.

A mediados de diciembre Juárez le contesta a Terrazas, haciéndole ver que no es posible acceder a su solicitud, porque "el gobierno se propone reorganizar completamente la Hacienda Pública" y además no es conveniente hacer excepciones concediendo a algunas entidades lo que se niega a otras.

De vuelta al país y ya en la Ciudad de México, un amigo muy cercano de Matías Romero, el señor José Díaz Covarrubias, le escribió el 21 de noviembre, haciendo publicar la carta, para interpelarlo sobre los rumores que circulan, sobre todo en la prensa, en relación a los contratos celebrados por los representantes del gobierno republicano en Nueva York durante la etapa de la intervención francesa.

Pensamos que fue valor entendido, porque el mismo día Matías Romero se apresuró a contestar en forma amistosa a Díaz Covarrubias, en carta de 18 cuartillas, que incluimos en este capítulo.

Matías Romero da en su respuesta informes detallados sobre las operaciones celebradas por los diversos comisionados, que fueron los señores Juan A. Zambrano, general Gaspar Sánchez Ochoa, el general José María Carbajal y el propio Romero.

Rectificó los rumores de que el gobierno de los Estados Unidos harían una reclamación contra México sobre las responsabilidades contraídas por los créditos obtenidos. Explica que el senador Morton y el general Banks fueron invitados para que vinieran a México a conocer y estudiar la República y no para presentar reclamación alguna; lamentablemente estas personas no pudieron trasladarse a México. Respecto al señor Kane O'Donnell, enviado por el *Tribune*, periódico de Nueva York, vino a México invitado por Romero para conocer la situación actual del país.

De la lectura de la prolija carta de Matías Romero se deduce que las obligaciones adquiridas por el gobierno republicano con particulares en los Estados Unidos, único lugar donde pudo obtener crédito, se redujeron a la circulación de una parte de la emisión de los llamados bonos Carbajal y de la emisión de los bonos Sánchez Ochoa, que no se pusieron en circulación o sea en total una deuda por \$2,425,450,00.

Años más tarde el propio Matías Romero, en funciones de ministro de Hacienda, dio a conocer las siguientes cifras, como importe de la totalidad de los empréstitos concertados por el gobierno republicano hasta julio de 1867.¹

Emisión José María Carbajal (1864) \$2,425,450,00.

Emisión Gaspar Sánchez Ochoa (1865) \$10,000,000,00.

En cambio el imperio de Maximiliano adquirió cuantiosas obligaciones que Manuel Payno logró precisar y divulgó en la obra que

¹ *Memorias de la Secretaria de Hacienda*, 1868 y 1869.

preparó por encargo del gobierno.² Se incluyen en este capítulo dos fragmentos de la concentración que preparó y que Matías Romero reproduce en la *Memoria* antes citada de 1868 y 1869.

Apoyándose en estas fuentes, Antonio Pérez Elías elaboró el resumen que se reproduce a continuación y que muestra cómo el total de las obligaciones que el imperio tenía al desaparecer ascendió a una cantidad ciento dieciséis veces mayor que los empréstitos utilizados por el gobierno republicano.

EMPRÉSTITOS DE MAXIMILIANO DE HABSBURGO

(al 31 de diciembre de 1866)

	Francos	Pesos
Empréstitos de 1864	311,600, 10	062,320,020
Empréstitos de 1865	500,000,000	100,000,000
Deuda inglesa consolidada	<u>380,682,540</u>	<u>76,136,508</u>
	1,192,282,640	238,456,528
Gastos de guerra según convenio de Miramar	<u>216,000,000</u>	<u>43,200,000</u>
Totales	1,408,282, 640	281,656,528

Obsérvese cómo el esfuerzo de los patriotas no sólo consistió con su participación personal, que en muchos casos representó la pérdida de la vida o la invalidez; además contribuyeron con su cooperación económica cubriendo los gastos de la guerra, lo que redujo al mínimo la necesidad de obtener empréstitos privados en Estados Unidos.

² Manuel, Payno, *Memoria de la Secretaría de Hacienda*, 1861-1867. Cuentas, gastos, acreedores y otros manejos del tiempo de la intervención francesa y del imperio.

DOCUMENTOS

**Octubre a diciembre
De 1867**

JUÁREZ ANALIZA LA NECESIDAD
DE UNA BUENA ADMINISTRACIÓN
EN LA HACIENDA PÚBLICA

México, octubre 15 de 1867

Señor general don Ramón Corona
Guadalajara

Muy estimado amigo:

Juntas llegaron a mis manos las dos apreciables de usted, fechadas 8 del que cursa y, con ellas a la vista, paso a contestar los diferentes puntos que demandan contestación.

Empezaré, naturalmente, dando a usted las más expresivas gracias por sus felicitaciones cordiales con motivo del resultado que tuvo en esa ciudad la elección presidencial.

Mucho siento, amigo mío, el disgusto que experimenta usted con motivo de la ingratitud que le manifiestan los que debían en justicia ser sus amigos y admiradores, pero no es posible por ahora que abandone usted ese lugar, estando como está por resolver la cuestión de Lozada. Tenga usted filosofía y la conciencia sobre todo de un buen proceder y no haga caso de pequeñeces que en nada podrán atacar su merecida opinión.

He recibido los papeles referentes a Lozada que usted me mandó, pero eso no me basta; deseo saber la opinión de usted sobre ese asunto, para adoptar, en vista de ello, las medidas que sean convenientes a fin de asegurar la paz, si aquel personaje funesto pretende alterarla.

He visto el convenio celebrado por el señor Armenta, con los señores Oetling y Compañía y siento decir a usted que no es posible aprobarlo, por los términos verdaderamente ruinosos en que está

concedido y que nos privarían de los recursos de la aduana por mucho tiempo; aun, cuando de momento obtuviéramos alguna ayuda, nos veríamos obligados dentro de dos meses a aceptar otros convenios igualmente perjudiciales o peores y la aduana quedaría empeñada, como lo había estado en años anteriores; todo lo cual daría por resultado la imposibilidad de poner en orden nuestra Hacienda Pública, que se encuentra, desgraciadamente, en un estado fatal.

Persuádase usted, amigo mío, de que la necesidad en que estamos de adoptar un plan general para arreglar el mecanismo de la administración y las condiciones ruinosas del arreglo a que usted se refiere, son las razones poderosas que me obligan a no aprobarlo.

He procurado, sin embargo, adoptar las medidas que he juzgado convenientes para llegar al resultado que usted desea y ya van las órdenes correspondientes sobre el particular.

Queda autorizado el jefe de la Hacienda de Colima para que, de acuerdo con el administrador de la aduana, contrate un préstamo para cubrir, en caso necesario, la parte que se ha señalado a aquella aduana para el pago del presupuesto de la división, concediéndose a los prestamistas el premio de un uno por ciento, pero sin admitir créditos de ninguna especie y sin hacer concesiones onerosas de ningún género.

También va la orden para que se tomen los 20,000 pesos del secuestro de Velarde para cubrir la parte que corresponde a la jefatura de Hacienda de Guadalajara y ya le escribí al gobernador para que libre sus órdenes a fin de que el director de Rentas entregue con puntualidad a la jefatura de Hacienda los fondos que pertenecen a la federación.

Respecto del préstamo de 10,000 pesos del señor Negrete, se aprueba el convenio, con la condición de que sólo se le admitan 5,000 pesos del crédito que, dice usted, tiene aquel señor del tiempo del señor Ogazón.

Creo que el señor Negrete convendrá en este arreglo, en gracia siquiera de que a ningún otro se le ha admitido créditos de ninguna especie. Si así no circula, lo mejor será, si fuese posible, devolverle los 10,000 pesos que facilitó, tomándolos de los 20,000 del secuestro de

Velarde y abonándosele, además, un uno por ciento por el tiempo que haya durado el préstamo, a fin de que no se perjudique aquel señor.

No es exacto lo que creen o dicen los señores comerciantes de que se hayan hecho arreglos con el gobierno, en los otros puertos de la República. Con nadie ha celebrado el gobierno general arreglos onerosos de ninguna especie, pues está resuelto el gobierno a que cesen de una vez para siempre esos convenios leoninos de abonos por cuenta de derechos, préstamos ruinosos, etc., que tanto mal nos han hecho en épocas anteriores.

Nadie como usted, que tanto se afanó por cortar esos males, comprende sin duda la necesidad imperiosa en que nos hallamos de evitarlos y por lo mismo cuento con su cooperación eficaz para llevar a cabo el arreglo completo de la administración, en esa parte de nuestra Hacienda.

Nada nuevo tengo que comunicarle. Todo sigue perfectamente y me repito como siempre de usted amigo afectísimo y atento seguro servidor que besa su mano [q. b. s. m.].

(Benito Juárez)

SENSATAS REFLEXIONES Y PROPUESTA
DEL GENERAL CORONA
SOBRE POLÍTICA ADUANAL

Guadalajara, octubre 22 de 1867

Señor Presidente don Benito Juárez
México

Mi muy estimado amigo y señor:

Me veo en el caso de repetir y ampliar las indicaciones que he hecho desde febrero al ministerio de Hacienda sobre las necesidades del comercio, cuyo obsequio es indispensable; primero, para darle vida a este importante ramo de la industria del país; segundo, para que el gobierno, fomentándolo, regularice las entradas de fondos en las aduanas, que sirven para cubrir sus atenciones.

Como a usted le consta, he sido el primero en preconizar la absoluta necesidad de que rija en toda la República un solo arancel sin que ningún jefe militar ni otra autoridad, por elevada que sea su categoría, lo alterase en lo más mínimo con rebajas ostensibles o simuladas que al establecer un desnivel en un puesto respecto de otros o en favor de una casa con perjuicio de otras en el mismo puesto, introducen un desconcierto de que todo el comercio tiene el derecho de quejarse. A consecuencia de este empeño mío, dictó el gobierno general la circular de 1º de octubre último, que dispone el cobro íntegro de todos los derechos del arancel vigente.

En febrero, desde Zapotlán, indiqué al ministerio de Hacienda la conveniencia, por lo muy gravado que estaba el comercio, de hacer una rebaja general en el arancel vigente. Siento no haber sido entonces más

explícito, pues estoy seguro de que si en esa fecha el ministerio hubiese obsequiado mis indicaciones aplazando para este mes, por ejemplo, el poner en vigor el arancel nuevo con una rebaja prudente, pero dando el decreto con unos meses de anticipación, el comercio, contando ya con una base fija para sus operaciones, hubiese hecho sus pedidos y no nos hallaríamos ahora con la gran escasez de fondos en las aduanas de Mazatlán y Colima, que estamos experimentando.

En el país, en épocas ordenadas, el arancel, cuando han mandado gobiernos liberales, por medio de contratos directos con el gobierno, ha sido por término medio el que hoy existe pero con una rebaja de 50 a 60% de los derechos de importación, cobrándose los demás íntegros; sé también que al decretarse el actual arancel, no se hizo de una vez la rebaja que se pretendía de sus cuotas de un 40%, porque la administración del señor Comonfort creyó prudente el reservar dicha rebaja, para con ella satisfacer las pretensiones del comercio a medida que la fuese solicitando. Considero errada esta política e indigna de una administración que, como la presente, puede, por fortuna, contar con ser lealmente obedecida en toda la República.

Al triunfar el gobierno constitucional en estas costas, el comercio creía, y no sin fundamento, que volvería a regir el arancel práctico de las administraciones liberales. Se desengañó con la circular del 1º de octubre y ha suspendido, en gran parte, sus operaciones, aplazándolas para el día en que el gobierno federal o el Congreso decretase el arancel más liberal que él espera. Hoy continúa la misma situación, porque el gobierno aún no decreta nada definitivo acerca de esta cuestión vital para el comercio, pero vital también para el gobierno que tiene en él a su principal banquero.

El comercio del Pacífico ha tenido, durante el año pasado por disposiciones del llamado imperio y en este año por las de nuestro gobierno, que pagar los derechos íntegros del arancel. Me consta, y para nadie es un secreto, el malestar general de todo el comercio, al grado de que se puede asegurar que en estos dos años los que no han perdido, no han ganado.

La explicación de este estado ruinoso es sencilla: no es fácil, no obstante, el principio de que el consumidor todo lo paga; que el comercio logre hacer subir los precios del consumo, sin que éste disminuya notablemente de lo que exige el aumento del arancel íntegro, comparado con las dos terceras partes de sus créditos que antes se pagaba; por otro lado, la guerra y trastornos consiguientes han multiplicado las quiebras en una progresión espantosa. De estos males esperan el remedio, y con justicia, el comercio en nuestro gobierno liberal.

Estoy persuadido de que una rebaja general y por decreto, para que rijan en toda la República, que reduzca el 175% de los derechos totales a 120, sería perfectamente recibida en todo el país y más aún si ella entrañara cierta garantía de estabilidad de este arancel por un período de algunos años. Conozco el comercio de esta costa y puedo asegurar a usted que a esto limita sus aspiraciones.

De dichas rebajas resultaría un aumento en las entradas, mayor consumo y el fomento consiguiente a todos los trabajos del país. Como ésta es no sólo una exigencia del comercio sino la aplicación del programa del gran partido liberal, omito el encarecerla con más razones.

El comercio de esta costa hace sus importaciones de dos modos: parte por los vapores americanos que tocan mensualmente en Acapulco y en Manzanillo, y parte por expediciones que llegan en buques de vela, habitualmente de noviembre a marzo, que es la época favorable. Las primeras han disminuido a tal grado que basta este hecho constante de febrero a la fecha para corroborar mi aserto de la conveniencia que hubiera habido en decretar la baja hace cuatro meses o más.

Las consecuencias de la rebaja que hoy aconsejo serían más inmediatamente palpables para el gobierno por medio de los vapores, pues a los tres meses de decretada, tendríamos un notable aumento en las importaciones.

En cuanto a las expediciones por buques de vela, sé que sólo se esperan cuatro de enero a marzo, aunque reducidas cada una, por el arancel íntegro, a menos tal vez de la mitad de su importancia de otras épocas. En resumen, las entradas de las aduanas del Pacífico han quedado

reducidas este año a menos de la mitad de la que era en los años de 61 a 63 y en la primera época del llamado imperio.

Este es un hecho incuestionable, cuya explicación he dado ya en la que antecede.

A la carencia de recursos de que adolezco, se debe agregar que los buques que se esperan permanecerán seguramente por algunos meses cruzando en la costa en espera de la baja del arancel, que el comercio cree decretará el gobierno o el próximo Congreso; podrá su cálculo salir errado pero el hecho es incuestionable y, en consecuencia, no obstante las órdenes del gobierno para cubrir el presupuesto de esta división, nos encontraremos en la penuria y sin el recurso de acudir a los préstamos forzosos incompatibles con los congresos y que además quitarían al gobierno el crédito que con tanto trabajo vamos conquistando.

Mi deber es el de manifestar a usted franca y lealmente la situación, para que el gobierno pueda dictar el remedio de ella. Yo aconsejo, en primer lugar:

1º Una rebaja en el arancel que lo deje reducido a 120 de las cuotas de importación en vez del 175 que hoy se cobra.

2º Conceder al comercio el hacer estos pagos en plazos de uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis meses por partes iguales.

Mas si el gobierno difiere de mi opinión y no quiere decretar la rebaja hasta que el Congreso se reúna, lo que podrá, demorándola, prolongar la falta absoluta de recursos con que me encuentro, entonces juzgo indispensable que el gobierno, por medio de un decreto general, disponga lo más pronto posible y ojalá y fuese en el acto, antes de que se reúna el Congreso, lo siguiente:

Toda rebaja que el gobierno general, en virtud de sus facultades o el Congreso federal disponga antes del 1º de noviembre de 1868, así respecto de los derechos de importación y demás adicionales, como respecto de los de exportación, se hará extensiva a todas las importaciones y exportaciones que se hagan por cualquier puerto de la

República o aduana fronteriza, desde el 1° de noviembre de este año hasta dicha época.

Aseguro a usted, señor presidente, que no obstante mis buenos deseos, mi resolución de servir a mi país como hasta aquí, si el gobierno no admite pronto uno de estos extremos que indico, me será absolutamente imposible el cumplir con las obligaciones que hoy tengo y usted comprendería muy bien que toda la lealtad de las tropas no basta, cuando es imposible el atenderlas con sus haberes. Las circunstancias excepcionales de estos estados, con la actitud mal disfrazada de las fuerzas de Lozada, dan mayor importancia aún a la necesidad de mantener en buen estado a las fuerzas que mando.

Confiando en que usted me ayudará a salir airoso de esta crisis, atendiéndome en justicia como siempre lo ha hecho, me repito de usted afectísimo amigo y seguro servidor.

Ramón Corona

Aumento:

Podrá objetarse respecto de los buques de vela que después de cruzar en la costa, si el gobierno no hace rebaja y el Congreso las demora, tendrán por fuerza que entrar; pero diré a usted que en ese caso, a más de prolongar la actual penuria por meses, les queda el recurso a los dueños de las expediciones de ir a descargar a San Francisco donde, siendo puerto de depósito, pueden guardar su carga sin pagar derechos ningunos hasta que les convenga traerla.

En todo caso, el segundo extremo de los que aconsejo deja al gobierno y al Congreso en libertad de no hacer rebajas ningunas si adoptan esa política y sólo le da al comercio su base fija para un año, de que no habrá rebajas o que si las hay, participarán todos de ellas.

EL GOBERNADOR RUBÍ NUEVAMENTE
COMPROMETE FONDOS FEDERALES

Mazatlán, octubre 22 de 1867

Señor Presidente don Benito Juárez
México

Mi estimado amigo:

El señor ministro de Hacienda, a quien me dirijo oficialmente, dará a usted cuenta con el procedimiento a que he tenido que apelar para sobreponerme a la difícil situación que se me presentó y que voy a pintar a usted para someterla a su consideración.

Agotados los \$30,000 del préstamo que usted desaprobó con los cuales se atendía a la guarnición, resultó que no alcanzaron quedando, por lo mismo, sin pagarse muchos de los soldados dados de baja, que aún existen aquí por no tener con qué retirarse a sus pueblos, que de algunos están muy lejanos.

Un atraso cualquiera produce varios trastornos y de ahí provienen las complicaciones; la falta de dinero ocasionó que en tres días no se socorriera a la guarnición con su haber diario, originándose con esto que del batallón 5º se desbandaran, estando haciendo ejercicio, más de 300 hombres y, aunque se logró aprehender algunos, siempre resultó una baja de cerca de 180 hombres.

Suceso tan escandaloso, unido al descontento de los que se encontraban sin paga y licenciados y los trabajos de los díscolos que no están conformes con un orden regular, porque sólo medran en las revueltas, despertaron una alarma grande y el comercio entró en completa desconfianza al grado de no querer prestar ni un solo peso y las pequeñas

cantidades que de él se consiguieron fueron pidiéndolas de un modo casi humillante, teniendo que ocurrir casa por casa sin estipular cantidad, sino conformándome con lo que buenamente querían dar y aceptando estipulaciones de pago en efectivo a plazos sumamente cortos. Pero estas pequeñas sumas sólo daban pequeños respiros.

Un estado semejante de cosas sólo puede admitirse transitoriamente y la pública necesidad requería un remedio salvador.

En esta situación, se presentó a la vista un buque de Europa, perteneciente a los señores Sltórz el Bartuing y Compañía de este comercio; desde luego manifestaron voluntad de descargar mediante condiciones y sólo acepté cuando se presentaron en un sentido razonable, habiendo tenido bastante energía para rechazarles otras propuestas que eran en sí gravosas.

El caso en que me vi colocado se puede definir en esta disyuntiva: elegir entre hacer contratos para los que no tengo facultades, exponiéndome a contraer una responsabilidad ante el Supremo Gobierno, cuyas consecuencias no puedo calcular, o consentir en la perturbación de la paz en el estado, si me ceñía a la ley como habría indefectiblemente sucedido, en cuyo caso mi responsabilidad siempre existía con más funestas consecuencias; pesé ambas responsabilidades y preferí la que me permite conservar la tranquilidad pública, pues yo nada valgo cuando se trata de la conservación del orden y del buen nombre de nuestra patria.

Bien comprendo que el que debía haberse ingerido, en el asunto que vengo tratando, era el jefe de la fuerza armada, pero habría sido más inmoral y tal ejemplo se presta a abusos incalculables, principiando por la nulificación del gobierno del estado.

En Guaymas este año, como el pasado, habrá rebajas y ésta es otra consideración que me hizo celebrar el contrato para la descarga del *Mercedes*.

No dude usted que Lozada y don Plácido Vega están en acecho de este estado para asestarle un tiro certero, sorprendiéndolo por medio de un golpe de mano; (en) días pasados he seguido un asunto, del que perdí la pista, sobre la combinación de unos individuos de aquí con aquellos cabecillas, pero no pude aclarar nada; sin embargo, aquí hay agentes muy

activos, cuyos trabajos hasta hoy se han estrellado por el buen sentido del pueblo, pero no porque de su parte no se ponen en acción todos los medios para procurar un trastorno público.

No soy ni tímido ni visionario ni disfrazo a usted los hechos para que me conceda la razón; al hacerle a usted esta relación, es para que comprenda cuanto ha sido necesario para que yo me atreviera a dar un paso que lo debe desagradar, pero que no pude obrar de otro modo.

Para salvar mi responsabilidad, podía haberme separado del gobierno, pero esto habría sido un juego que no era digno de mí, ni que deba emplearse con usted y que daba el mismo resultado exponiéndose, además, a algún desfallo en los fondos, el que estoy cierto que hoy no habrá.

Considero que usted, en vista de la sinceridad de mi exposición, aprobará los hechos y que si cree conveniente exigirme la responsabilidad, sea sin echarme encima ninguna nota que me infame, pues he procedido con la mejor y más sana intención, teniendo además el propósito firme de no volver a tomar participio en tales asuntos, seguro, como estoy, de que usted dispondrá el modo de poner a salvo al estado de conflictos como el que acaba de pasar en obsequio, siquiera, de los inmensos sacrificios que ha hecho sosteniendo el honor nacional durante la invasión extranjera.

Soy siempre de usted afectísimo amigo y seguro servidor.

Domingo Rubí

JUÁREZ INSISTE EN QUE LOS GOBIERNOS LOCALES
NO INTERVENGAN EN LAS ADUANAS

México, noviembre 7 de 1867

Señor don Domingo Rubí
Mazatlán

Muy estimado amigo:

He recibido las apreciables de usted, fechadas 18, 19 y 22 del pasado que tengo a la vista, y paso a contestar.

Empezaré naturalmente dando a usted las más expresivas gracias por sus cordiales felicitaciones con motivo del resultado que ha tenido en ese estado la elección presidencial. Mucho siento que las circunstancias apremiantes, en que dice usted se encontró por falta de numerario para llenar las necesidades de la tropa, etc., le hubiesen obligado, como manifiesta, a entrar en arreglos con una casa de comercio sobre los efectos que llevó a ese puerto el buque *Mercedes*, porque ese género de transacciones, perjudiciales siempre a los intereses nacionales, son, además, un precedente fatal que utilizan los especuladores, todo lo cual da por resultado el desconocimiento de nuestra Hacienda Pública y su descrédito, como debe usted comprender.

El gobierno no puede, por lo mismo, aprobar ese género de operaciones ruinosas y ha resuelto, en cumplimiento de su deber, informar en todas las aduanas de la República el modo de hacer el cobro según previenen los aranceles, sin proponer ni aceptar transacciones de ninguna especie. Oficialmente recibirá usted lo que el gobierno ha acordado sobre ese asunto. Por supuesto entre las disposiciones del gobierno van y recomiendo a usted las relativas a la reposición en sus

destinos de los empleados que los dejaron con motivo de la transacción a que usted hace referencia.

Quedo enterado de que ya mandó usted el informe oficial sobre la capitanía de puerto de esa plaza y procuraré que (se) resuelva cuanto antes lo que usted desea acerca del coronel don Francisco Miranda. Nada tengo que comunicarle; todo marcha perfectamente y yo me repito de usted, como siempre, afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

Benito Juárez

ANGUSTIOSA SITUACIÓN ECONÓMICA
DEL GOBIERNO DE ZACATECAS

Zacatecas, octubre 28 de 1867

Señor Presidente de la República,
don Benito Juárez
México

Muy señor mío y amigo de mi mayor consideración:

Tengo el gusto de acusar a usted recibo de sus dos favorecidas de 1º y 21 del corriente y quedo impuesto de las razones que han impedido al gobierno acceder a mis deseos para que el estado continúe cobrando el 2% de circulación. Ni un momento he creído que la falta de condescendencia de parte de usted reconociera el capricho o poca consideración hacia mí, cuando de usted he recibido tantas pruebas de distinción. Ruego a usted, por lo mismo, disculpe la insistencia que he tenido en este negocio y vea en ella mi deseo de que el estado no careciera de los recursos indispensables para los gastos de su administración; mas ya que el gobierno no ha juzgado aceptable mi indicación, ofrezco a usted no tocar más este punto.

Bien comprenderá usted, señor presidente, lo penoso que es para mí hacer la menor observación a las órdenes del gobierno general, que usted tan dignamente representa; y al ofrecer a usted la dimisión del gobierno de este estado, no tuve, ni pude tener otra mira que el allanarle a usted cualquiera dificultad que, aun con la mejor buena fe, pudiera presentarle; pero, a mi pesar, tengo la más imperiosa necesidad de manifestar a usted que si se lleva a puro y debido efecto la ley de clasificación de rentas decretada por Comonfort y se priva en

consecuencia al estado del 3% que siempre ha cobrado a la plata, producto de sus minas, su administración sería del todo imposible y no podría yo corresponder a la confianza que en mí se ha servido usted depositar.

Usted ha visto, señor, en estado completo de ruina los partidos de Sombrerete y Fresnillo, únicos que cubrían sus gastos en el estado y hoy la sola capital soporta todos los de la administración civil y militar, debido al regular estado de las minas de esta ciudad y a su producto consiguiente del expresado derecho.

Ruego a usted, por tanto, que en virtud de lo expuesto y en atención a que, en todos tiempos, Zacatecas ha estado en posesión de dicha renta, se sirva acordar, ya como una gracia especial o de la manera que usted crea más conveniente, continúe disfrutándola, pues de lo contrario será del todo imposible la marcha de este gobierno.

Doy a usted las más debidas gracias por los términos tan bondadosos de su grata del día 1º y en este gobierno o fuera de él, cuente usted siempre con la constante adhesión y de reconocimiento de su afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

Miguel Auza

JUÁREZ FIRME EN SU POLÍTICA HACENDARIA

(México, noviembre 12 de 1867)

(Señor Miguel Auza)
(Zacatecas)

Muy atento amigo:

He recibido la apreciable de usted de fecha 28 del pasado y quedo enterado con interés de su contenido.

Bien desearía poder acceder al deseo de usted acordando, aun cuando fuese como gracia especial, la concesión que usted me indica del 3% de las platas en ese estado; pero esa concesión, como usted conocerá, serviría de precedente para que todos los demás estados pidiesen la misma cosa.

¿No cree usted que podría adoptarse algún nuevo arbitrio equivalente, en lo posible, al producto de las platas? Piense usted sobre esto y exprese la idea que crea más realizable en ese sentido.

Todo marcha bien y yo me repito, como siempre de usted, amigo apreciable y atento seguro servidor q. b. s. m.

(Benito Juárez)

JUÁREZ VISIBLEMENTE MOLESTO
CON PESQUEIRA

(México, noviembre 23 de 1867)

(Señor Ignacio Pesqueira)
(Ures)

Muy estimado amigo:

Con atraso llegó a mis manos la muy apreciable de usted, fecha 20 de julio último, y quedo enterado de cuanto me manifiesta, dándole las gracias por los informes circunstanciales que tiene usted la bondad de comunicarme.

Mucho he sentido, como debe usted comprender, que las circunstancias apremiantes, en que se encontró usted colocado, le hubiesen obligado a tomar por la fuerza las sumas que no quiso entregar el señor administrador de la aduana de Guaymas, pues deseo que haya, entre todos los funcionarios públicos y empleados, la buena armonía que es tan indispensable para el mecanismo de la administración.

Ya van las disposiciones oficiales sobre todos esos asuntos y juzgo, por lo mismo, inútil entrar en más pormenores.

Veo que desea usted separarse temporalmente de la vida pública para consagrarse a los negocios particulares y no creo tener el derecho de oponerme a ese pensamiento, cuando alega usted razones poderosas para alcanzarlo.

Va pues la licencia que usted desea y queda nombrado para suceder a usted, temporalmente en el mando, el señor general García Morales, que usted prepone para ese puesto.

Sin más por ahora, tengo el gusto de repetirme de afectísimo y atento servidor q. b. s. m.

(Benito Juárez)

(Minuta hológrafa con tachaduras y enmendaduras)

JUÁREZ RESTABLECE LA AUTORIDAD FEDERAL
EN SONORA

México, diciembre 2 de 1867

Señor don Jesús García Morales
Ures

Muy estimado amigo:

He tenido el gusto de recibir la apreciable de usted, fecha 24 del pasado, y quedo enterado de la elección de que usted me habla.

Ya oficialmente se ha prevenido que se pague el presupuesto de las compañías presidiales de la frontera. Debe usted haber recibido ya la orden en que se le encarga del mando de las fuerzas que existen en ese estado, pertenecientes al gobierno general, que espero reduzca usted al menor número posible para que puedan ser atendidas con puntualidad.

La fuerza que cubra el puerto de Guaymas, estará sólo y exclusivamente sujeta a las órdenes del gobierno general, y deberá obedecer a usted en todo, por lo que debe dictar cuantas medidas crea oportunas para que dicha fuerza, lo mismo que las demás del gobierno general, estén bien arregladas, instruidas y subordinadas, castigando severamente cualquier acto de insubordinación que tuvieren.

Respecto de su renuncia, debo manifestarle que, siendo interesantes sus servicios, no es posible aceptarla.

Por acá todo marcha perfectamente y ya en la capital tenemos 120 diputados, por lo que creo que muy pronto se instalará el Congreso.

Soy de usted, como siempre, afectísimo amigo y seguro servidor q.
b. s. m.

Benito Juárez

TERRAZAS INSISTE EN DISPONER
DE LAS RENTAS FEDERALES

Chihuahua, noviembre 27 de 1867

Señor Presidente licenciado don Benito Juárez
México

Estimado amigo y señor de mi consideración y respeto:

Contesto la muy grata de usted, fecha 10 de octubre próximo pasado, que he recibido con algún retardo.

Por ella y por los números del *Diario Oficial*, que usted se sirve remitirme, veo que las elecciones de los Supremos Poderes de la federación se han ido verificando con orden y regularidad, sin que hasta hoy se haya logrado extraviar la opinión del pueblo.

La elección que ha recaído en favor de los señores Lerdo e Iglesias para diputados a la Legislatura de la Unión, prueba, en efecto, que no han desmerecido la confianza pública. Espero tendrá usted la dignación de atender la súplica que, por el ministerio respectivo dirijo hoy, solicitando que, en beneficio de este pobre estado, se le cedan por el Supremo Gobierno, del digno cargo de usted, las rentas federales.

Muchas son las razones que me han determinado a hacer aquella solicitud, confiando en su paternal protección.

Las rentas propias del estado están reducidas a una contribución directa que se cobra por bimestres adelantados y que es insuficiente para satisfacer las atenciones públicas. Es una contribución a que los pueblos no han podido habituarse, si bien tiene algunos años de establecida y que la pagan con notable repugnancia; a lo que se agrega que, reducida a una mitad de lo que antes fue, ésta se disminuye en auxilios que es necesario

ministrar a los jueces de algunas cabeceras de cantón, cuyos municipios no tienen con qué pagar aquellas autoridades, así como también, en subvenciones a los preceptores de primeras letras, por la misma causa.

La necesidad de mantener un pie de fuerza, que sirva para perseguir a los apaches que siempre hostilizan al estado y que últimamente han hecho muchas de sus bárbaras depredaciones a las puertas de esta ciudad, es otra de las razones que me han determinado a dirigir aquella súplica.

Tiene además el estado que combatir a los comanches que se han internado con motivo de haberse repoblado los fuertes de los Estados Unidos, que no lo estaban antes de terminar la guerra civil en aquella República.

Si el estado, pues, no cuenta con los recursos federales para mantener en todo tiempo una fuerza armada para su seguridad contra las incursiones de los bárbaros, será necesario ponerla en receso y la consecuencia será la más deplorable; esto es, que se repitan como en años anteriores los asesinatos y robos a las puertas de las poblaciones, de esos enemigos de la humanidad y el desprestigio del gobierno será otra de las consecuencias necesarias.

Usted, señor presidente, que está encargado de hacer la felicidad de sus gobernados, consultando ese primer deber y sus sentimientos humanitarios, se dignará ceder a este estado las rentas de la federación, de que siempre ha disfrutado, cualquiera que haya sido el personal y sistema de gobierno que haya regido en la República y, para inclinar más el ánimo de usted, ofrece este gobierno no distraer aquellas rentas en otros objetos que no sean los de cubrir los adeudos del Supremo Gobierno y pago de una guarnición; dando cada mes al ministerio respectivo una noticia justificada de la inversión en dichos objetos.

Me atrevo a esperar el favorable despacho, confiando en su acreditada bondad y, anticipándome a dar a usted las más expresivas gracias, me suscribo respetuosamente su afectísimo amigo y atento seguro servidor q. b. s. m.

Luis Terrazas

JUÁREZ NO CEDE
EN SU POLÍTICA HACENDARIA

(México), diciembre 16 de 1867

Señor Luis Terrazas
(Chihuahua)

Muy estimado amigo:

He recibido la apreciable de usted, fecha 29 del pasado, y quedo enterado de su contenido.

Respecto de lo que me dice usted acerca de la necesidad que tiene de disponer de las rentas federales para cubrir las necesidades apremiantes de ese estado, diré a usted que el gobierno se propone reorganizar completamente la Hacienda Pública y por eso ha tenido que dictar la medida a que usted se contrae. Naturalmente y para que la medida sea general, es indispensable que no se haga excepción en favor de ningún estado, pues esto, como usted comprenderá, daría lugar, cuando menos, a disgustos entre los gobernadores. Sin embargo, comprendiendo como comprendo las circunstancias excepcionales en que se encuentra Chihuahua, tan digno por otra parte a todo género de consideraciones, he dispuesto se proporcione a usted el auxilio en dinero que pueda necesitar, a fin de que no cuente solamente con las rentas del estado.

Repito que el objeto del gobierno es poner en orden, hasta donde sea posible, el mecanismo administrativo de la Hacienda Pública, a fin de reorganizar de una vez la administración.

Por acá no hay novedad y me repito de usted como siempre
afectísimo y atento seguro servidor.

(Benito Juárez)

MATÍAS ROMERO INFORMA SOBRE LOS EMPRÉSTITOS
CONCERTADOS POR EL GOBIERNO

México, noviembre 21 de 1867

Señor don José Díaz Covarrubias
Presente

Mi estimado amigo y señor:

Acabo de recibir la grata de usted de esta fecha, en que, refiriéndose a los rumores publicados por algunos periódicos de esta ciudad sobre contratos celebrados por los agentes de nuestro gobierno en Nueva York, me pide usted una noticia de todo lo que haya pasado en estos asuntos, para conocimiento de nuestros conciudadanos.

Muy natural me parece el deseo de nuestros conciudadanos de saber lo que el gobierno haya hecho en el extranjero, para proveerse de armas y municiones durante nuestra guerra con la Francia, y con objeto de satisfacer esta necesidad, me adelanté, desde que estaba yo en Washington, a hacer dos publicaciones que creí contendrían cuanto pudiera desearse para formar idea de lo ocurrido. Al llegar a la ciudad, he sabido que de estas dos publicaciones (circulares números 14 y 15) solamente la primera ha llegado aquí, y desde luego puse en manos de usted ejemplares de la segunda que, según entienda, publicará dentro de poco el *Diario Oficial*.

Aquí debería yo terminar esta carta, si no fuera porque, entre las indicaciones que se han hecho por algunos periódicos de esta capital, hay conceptos que no deben dejarse pasar desapercibidos, por decoro de la nación y de su gobierno.

Sin tener, pues, a la vista los datos oficiales relativos a este asunto, haré a usted una relación sucinta y completa de lo ocurrido, que no dudo dejará satisfechas a cuantas personas examinen de buena fe este asunto, de que con gravámenes relativamente insignificantes, se consiguió mucho más de lo que había razón de esperar.

No intentaré hacer aquí una defensa de los actos del gobierno a este respecto, tanto porque no es a mí a quien corresponde hacerla, cuanto por no complicar el objeto de esta carta. Me limitaré, pues, a referir hechos, de los que cada uno podrá sacar las consecuencias que su juicio le dicte.

Cuatro fueron las personas a quienes el gobierno comisionó para obtener recursos en los Estados Unidos: don Juan A. Zambrano, el general don Gaspar Sánchez Ochoa, el general don José María de Jesús Carbajal, y yo. La autorización concedida al señor Zambrano emanaba del ministerio de Hacienda y estaba reducida a darle facultades para que dispusiera del producto de los bienes que debieran confiscarse a los traidores. El señor Zambrano se persuadió de que no sería posible realizar nada en virtud de dicha autorización, y al paso que estaba siempre dispuesto a hacer lo que pudiera en favor de nuestra causa, tuvo el buen sentido de no querer usar de aquélla.

Al general Sánchez Ochoa se le dieron facultades para que, empeñando las rentas de nuestras aduanas del Pacífico, negociara hasta diez millones de pesos. En San Francisco de California imprimió esta cantidad en bonos e hipotecó éstos al pago de treinta mil pesos en oro, que le proporcionaron para hacer la impresión y para atender a sus gastos y a los de otras personas que lo acompañaban. Hizo además en aquella ciudad otros varios contratos, la mayor parte de los cuales llegaron a mi conocimiento y al del gobierno, de una manera incidental, y no porque él nos lo comunicara. Yo no tuve intervención alguna en estos contratos y ni siquiera conocía las facultades que tenía este general, sino después de su llegada a Nueva York. Todos ellos, sin embargo, han sido declarados nulos por el gobierno.

No pudiendo vender en San Francisco los bonos que había hecho imprimir, se vino a Nueva York, creyendo que allí sería posible

realizarlos. Cuando el gobierno supo que aquel general estaba en Nueva York, le previno que obrara de acuerdo conmigo y necesitara de mi aprobación para la validez de sus actos. El 2 de febrero de 1866 firmó un contrato con el general John C. Fremont en virtud del cual le daba seis de los diez millones de pesos que tenía en bonos y una concesión de un ferrocarril, en cambio de obligaciones vagas que contraía este general. Pareciéndome gravoso para la nación este contrato, le negué mi aprobación. El gobierno lo declaró nulo luego que tuvo noticia de él. No satisfecho con esto, el general Sánchez Ochoa desconoció la autoridad de su gobierno, y solicitó y obtuvo que su contrato fuera aprobado expresa o tácitamente por don Jesús González Ortega, quien había asumido el carácter de presidente de la República en Nueva York. Con objeto de explicar todo esto claramente al gobierno de los Estados Unidos, fundando mis explicaciones en datos y documentos irrefragables, dirigí a Mr. Seward una nota con fecha 4 de junio de este año, que hará imposible toda reclamación de parte de aquel gobierno sobre este asunto. Mi nota a Mr. Seward y cuatro de los 168 documentos que la acompañan, fueron publicados en la circular número 14, antes citada.

Cuando vi que el general Sánchez Ochoa se sustraía a la obediencia del gobierno, notifiqué a la casa que tenía depositados los bonos, que éstos quedaban sujetos a las órdenes del gobierno, (de) cuya propiedad eran y no a la del que los había impreso y que había dejado de ser su agente. Merced a esta notificación se consiguió que el general Fremont no percibiera los que el general Sánchez Ochoa había pretendido cederle en su contrato. Le entregó, sin embargo, unos que conservaba en su poder como muestras, cuyo monto se ignora; pero que no pueden tenerse por obligaciones legítimas contra la nación, tanto por la manera con que se dispuso de ellos, como porque, según parece, eran bonos imperfectos y sin numeración.

Estando comprometidos los diez millones de pesos en bonos impresos por el general Sánchez Ochoa en San Francisco, al pago de los treinta mil pesos en oro que se le facilitaron con el interés del uno y medio por ciento mensual, no será posible recobrarlos hasta no pagar esta cantidad. La legación de la República en Washington tiene instrucciones

de redimir estos bonos a la mayor brevedad posible, y yo redimí millón y medio de pesos de ellos, que fueron cancelados sin demora. Los ocho millones y medio restantes están depositados en lugar seguro y no hay gran peligro de que se disponga de ellos de una manera indebida.

El general Carbajal llegó a Washington en abril de 1865. Sus facultades eran independientes de las mías y no se me comunicaron a mí oficial ni privadamente. A fines de julio de ese mismo año celebró en Nueva York un contrato leonino y ruinosísimo con Daniel Woodhouse, que se suponía firmado en San Carlos, estado de Tamaulipas, algunos días antes. Aunque no se le prevenía en sus autorizaciones que necesitara de mi aprobación para la validez de sus actos, él trató de obtenerla y yo no se la pude conceder. El gobierno declaró nulo este contrato en el momento que tuvo conocimiento de él. Woodhouse, sin embargo, llegó a imprimir el todo o parte de los cincuenta millones de pesos en bonos que debían expedirse según dicho contrato. Antes de venirme de Washington reuní todas las pruebas y di todos los pasos necesarios para justificar que Woodhouse había procedido con fraude; que el contrato era por lo mismo nulo; que los bonos que imprimiera con arreglo a él serían fraudulentos y que el gobierno de la República nunca los podría considerar como obligaciones legítimas contra la nación. Publiqué los avisos oficiales que consideré debidos para que no se abusara de las personas que de buena fe, por ignorar las circunstancias del caso, pudieran comprar estos bonos, y dirigí al gobierno de los Estados Unidos una nota, fechada el 20 de abril último, en que manifestaba todo esto con tanta claridad y evidencia, que estoy seguro de que este desgraciado negocio no nos ocasionará reclamaciones ningunas de parte del gabinete de Washington. Conseguí, además, que el gobierno de los Estados Unidos imprimiera oficialmente todos estos documentos y los remitiera al Congreso, de cuya manera están al alcance de todos los ciudadanos de la Unión Americana.

El 11 de septiembre de 1865 celebró el general Carbajal otro contrato con la casa de los señores John W. Corlies y Compañía de Nueva York. En éste se habían omitido todas las cláusulas onerosas para México que existían en el anterior, y estaba reducido a convenir con dicha casa que vendería treinta millones de pesos en bonos de la

República, dándole una comisión crecida porque los vendiera a un precio que se creyó equitativo, y concediéndole además una indemnización por los gastos que hiciera en procurar la venta, si ésta no llegaba a realizarse. Varias de las cláusulas de este contrato se cambiaron de una manera favorable para nosotros en otro contrato adicional que celebré con la misma casa el 16 de mayo de 1866 y en el cual se redujo la comisión por la venta de los bonos a términos muy razonables.

Cuando el general Carbajal celebró este contrato, ya había recibido instrucciones del gobierno que le prevenía obtuviera mi aprobación en todos sus hechos. Sería muy largo referir aquí los muchos y muy graves motivos que me decidieron a aprobar este contrato, en el cual se habían adoptado algunas de las modificaciones propuestas por mí. Todo lo comuniqué muy detalladamente al ministerio de Relaciones y creo que tanto en los archivos de esa secretaría como en los hechos posteriores está plenamente justificada mi conducta.

En el referido contrato se dispuso que de los treinta millones de pesos en bonos, solamente diez se sacaran al mercado. Ni siquiera esta cantidad llegó a imprimirse. De los bonos impresos se vendieron por dinero solamente nueve mil pesos, según aparece en las cuentas antes referidas.

El general Herman Sturm, jefe de maestranza que era del estado de Indiana, había sido nombrado por el general Carbajal agente para la compra de efectos de guerra para México. Sin embargo, de que veía yo con natural desconfianza a todas las personas de quienes se había rodeado el general Carbajal, porque en lo general no la inspiraban, tuve tan buenas recomendaciones del general Sturm y él me manifestó tan buen sentido al hablarme sobre la compra de armas, que creí deber conservarlo con el carácter que le había dado el general Carbajal, aunque dándole instrucciones que impedirían que abusara de su posición.

Gracias a la indomable energía e incansable actividad de este general, se consiguió hacer compras de armas y municiones por bonos y aun pagar con éstos el flete de los vapores que las transportaran a la República. La primera remisión que se hizo fue bajo los auspicios del general Carbajal. El general Sturm contrató a nombre suyo un

cargamento entero, que se debía pagar en oro a su llegada a Matamoros, a precios equitativos; considerando el peligro de la operación y en caso de que el pago no se verificara así, se haría en, bonos, al 60 por ciento, que era el precio a que se ofrecían en el mercado. El cargamento salió de Nueva York con gran sorpresa mía, pues no creía que se pudiera hacer la operación, a bordo del vapor *Everman* que llegó sin novedad a Matamoros. Desgraciadamente al recibir el general Carbajal los efectos, estalló la rebelión de don Servando Canales, lo cual impidió que se pudieran utilizar desde luego dichos efectos. El agente que envió con ellos el general Sturm logró salvar la mayor parte de los mismos, que al fin se entregaron a los generales Escobedo y Viesca y que sirvieron a ambos ciudadanos para dar el golpe de muerte a los traidores. No habiéndose pagado dichos efectos en oro en Matamoros, pagué en bonos la parte de ellos que fueron a dar a manos de las fuerzas nacionales.

Satisfecho de que el general Sturm podía comprar artículos de guerra con bonos a precios equitativos, le encargué procurara conseguir los que necesitaban el señor don Justo Benítez, comisionado del general Díaz y el general don Pedro de Baranda, comisionado del general don Alejandro García, segundo en jefe de la línea de Oriente, para traerles armas y municiones. Compró los que pudo y fueron enviados a Minatitlán, a bordo del vapor *Vixen*. Por fortuna llegaron bien y se recibieron a tiempo para prestar servicios eficaces. El general Díaz los utilizó en la toma de Puebla.

El señor don Juan José Baz había recibido encargo del general Régules para que le consiguiera armas y municiones. Enviado el cargamento del *Vixen*, recomendé al general Sturm comprara los efectos que pedía el señor Baz para el general Régules. Se compró otro cargamento; pero, al buscar buque que lo llevara al Pacífico, se pulsaron graves dificultades, a causa de la gran distancia y del mucho tiempo que dilataría para llegar a su destino. En esta virtud me determiné a que dichas armas vinieran a Tampico o Tuxpan y que, el señor Baz, a quien comisioné para que las trajera, entregara parte de ellas a los patriotas de la Huasteca y Estado de México y otra parte al general Díaz. El señor don José Ferrer, que había comprado armas para las fuerzas del general

Alatorre, las puso a bordo del *Suwanne* que era el vapor en que venían las que traía el señor Baz; desgraciadamente este vapor se fue a pique en la costa de la Carolina del Sur y todo se perdió.

Esta desgracia y el buen aspecto que iban tomando las cosas en la República, me determinaron a no enviar más cargamento.

Poco después recibí instrucciones del gobierno para suspender toda compra. El general Sturm, sin embargo, para cubrir los pedidos que le habían hecho los señores Benítez y Baz y el general Baranda, había celebrado contratos que ponían a nuestra disposición algunos más efectos. De éstos se mandaron algunos al general Berriozábal a Matamoros, en tiempo en que estaba en una situación difícil en aquella ciudad, y en que le fueron de grande utilidad para conservarla sometida a la autoridad del gobierno. Otra parte fue remitida al general Pavón a Tampico a bordo del vapor *General Mac Callum*, en circunstancias en que estaba asediando a los insurrectos acaudillados por don Ascensión Gómez y el recibo de estas armas contribuyó a la capitulación de éstos. El resto de dichos efectos fue enviado a Veracruz a disposición del general Díaz quien, por no tener ya más que el mando de una división, los puso a la del Supremo Gobierno.

Cuando el general Carbajal estaba de viaje para encargarse del mando del estado de Tamaulipas, me recomendó le enviara yo un vapor para bloquear a Matamoros. Tomada esta ciudad creí que se necesitaría para reducir a Tampico, que aún permanecía en poder de los traidores. El general Sturm me dijo que le vendían uno que reunía todas las circunstancias deseables, a un precio muy módico. Después de una madura deliberación, me determiné a comprarlo en 66,000 pesos. Desgraciadamente llegó a Matamoros cuando el general Carbajal había sido derrocado por la rebelión de Canales. No se encontró autoridad legítima a quien entregarlo y permaneció en Brazos de Santiago. Cuando el general Escobedo ocupó a Matamoros, se le dijo que el vapor estaba a su disposición; pero no teniendo antecedentes del asunto, se rehusó a recibirlo. El general Berriozábal lo recibió al fin después de haber estado cerca de un año desatendido en Brazos de Santiago. Lo armó para que

fuera a bloquear a Veracruz después de la retirada de los franceses y en su viaje a este puerto, se perdió en la costa de Tamaulipas.

Entre las instrucciones que di al general Sturm, para que hiciera la compra de armas, había una en que le prevenía expresamente que cada contrato que hiciera debería obtener mi aprobación para ser válido, a fin de satisfacerme de que se compraban solamente los artículos que se necesitaban y de que los precios eran los equitativos. Habiéndome manifestado que en este trámite se perdía con frecuencia la oportunidad de hacer compras, pues las personas que en un día estaban dispuestas a vender sus efectos por bonos, cambiaban al siguiente, me determiné a autorizar al ciudadano Juan N. Navarro, cónsul de la República en Nueva York y en cuya integridad y patriotismo tenía la más ciega confianza, a que aprobara las compras cuando los precios fueran equitativos. Esto era tanto más conveniente, cuanto que por residir él en Nueva York, le sería más fácil que a mí, saber qué valor tenían en el mercado los efectos comprados. A excepción, pues, de dos o tres casos en que yo aprobé los contratos del general Sturm, todos los demás fueron aprobados por el señor Navarro, y yo no tenía más intervención, una vez aprobados, que dar la orden para que la casa de los señores Corlies y Compañía facilitara al general Sturm los bonos necesarios para pagarlos.

Respecto de los precios a que se compraban los efectos, debo decir aquí, que atendiendo a la necesidad que teníamos de ellos y a las circunstancias y manera en que se hacía la compra, fueron muy equitativos. Si hubiéramos tenido dinero para comprarlos al contado, sin duda que los pudimos haber conseguido a precios más bajos pero debe tenerse presente que los pagábamos en bonos expedidos por un gobierno que aún no estaba establecido y menos consolidado, respecto de cuyo buen éxito existían dudas muy serias; que por lo mismo los tenedores de estos bonos corrían el peligro de que nuestros enemigos no los reconociesen si llegaban a triunfar, o por lo menos no recibir el interés por algún tiempo, como está sucediendo, si nosotros triunfábamos. Si se tienen en cuenta todas estas consideraciones y más aún que el gobierno de los Estados Unidos, con un crédito excelente, llegó a vender sus pesos a treinta centavos y que los confederados daban una paca de algodón por

cada fusil, se verá que no era tan alto el precio de dieciséis pesos, en bonos, por cada fusil de *Enfield* o *Springfield*, que nosotros pagamos.

Cuando se considera todo lo que se compró en una época en que cada fusil tenía un precio inestimable para nosotros y en que nuestro crédito no estaba ni podía estar muy alto, y se tiene presente que se mandaron armas, en circunstancias en que se necesitaban muy urgentemente, a los generales Carbajal, Escobedo, Viesca, Díaz, García, Berriozábal, Pavón y otros; el buen servicio que éstas prestaron; el efecto moral que la noticia de la expedición de bonos y compra de armamento produjo en la República, desalentando a nuestros enemigos incluso Napoleón y alentando a nuestros amigos, lo cual tuve ya ocasión de conocer por el gran número de comisionados que me mandaban de todas partes a Washington, y si se tiene presente que todo esto se consiguió con menos de dos millones de pesos, en bonos que al precio a que corren ahora en el mercado, podrían amortizarse por doscientos mil pesos, creo que nadie creerá que hubo despilfarro, o que se gravó indebidamente a la República. En otras muchas naciones se creería, por el contrario, que se habían hecho prodigios con una suma relativamente insignificante.

Las autorizaciones que el gobierno me concedió para conseguir recursos, eran muy amplias. No creyendo poder obtenerlos, no usé de ellas más que para aprobar o desaprobar los arreglos de los otros comisionados y autorizar las compras de artículos de guerra.

Los trabajos que tenía en Washington eran muy serios y absorbían todo mi tiempo. Entre mis deberes oficiales no se comprendía la compra de armamento, ni la dirección y sobre vigilancia en la venta de nuestros bonos. Acepté ambos deberes, sin embargo de que el primero nunca se me encomendó por el gobierno, porque creía que así hacía un servicio positivo a mi patria y para cumplirlo tuve que hacer un esfuerzo supremo, que en alguna otra época de mi vida me habría costado la existencia. Bien sabía yo que la intervención en negocios en que se manejan fondos, expone a uno a que lo acusen de malversación y aun de falta de honradez; y al decidirme a hacer lo que hice, tuve que pasar por otro sacrificio, el mayor de todos, supuesto que no teniendo más patrimonio que el concepto de integridad con que me favorecen las personas que me

conocen, deseaba no ver expuesto éste ni aun a sospechas o a ataques infundados. Si hay quien tenga cargos que hacerme, estoy dispuesto a responderlos y a demostrar que si he obrado mal, ha sido de buena fe y siempre con pureza en mi manejo.

Las cuentas presentadas por la casa de los señores John W. Corlies y Compañía y por el general Sturm, que publiqué en mi circular número 15, no están aún saldadas. No queriendo aceptar la responsabilidad de liquidarlas por mí, las sometí al gobierno. Como para esto se hacían necesarias algunas explicaciones, los interesados se decidieron a ocurrir a esta ciudad para hacer aquí la liquidación. Se aprovecharon de mi venida, creyendo que, por haber yo intervenido en esos negocios, podría contribuir a allanar las dificultades que se presenten y a dar las explicaciones que se necesiten. No vienen, pues, a presentar reclamaciones de ningún género sino a hacer su liquidación.

Tampoco es cierto que el gobierno de los Estados Unidos haya hecho o esté para hacer reclamación alguna al nuestro por causa de las responsabilidades contraídas por la nación en los Estados Unidos. El general Banks y el senador Morton iban a venir conmigo, no para presentar reclamaciones ningunas a nuestro gobierno, sino invitados por mí para estudiar y conocer a la República, creyendo que en lo sucesivo serán más íntimas y provechosas las relaciones entre los dos países.

El rumor de que estas pretendidas reclamaciones hayan sido causa de mi regreso a la República es también infundado e inexacto. Los documentos que publicó usted en el *Diario Oficial* de ayer, expresan los verdaderos y únicos motivos que he tenido para venir a la República.

Excusado me parece decir a usted que es del todo infundado el rumor de que nuestro gobierno recibiera treinta millones del de los Estados Unidos en 1861. No debemos al gobierno de los Estados Unidos ni un centavo por préstamos que nos haya hecho durante nuestra guerra con la Francia, ni por ningún otro título.

El general Carbajal nombró al señor don Jesús Fuentes y Muñiz su apoderado para que firmara los bonos y a falta suya encargó de esta comisión al señor don Francisco Zarco y en su defecto al señor don Pantaleón Tovar. No llegó el caso de que ninguno de estos dos

ciudadanos tuviera que firmar algunos bonos; pero el señor Zarco, que permaneció en Nueva York todo el tiempo en que estos sucesos tenían lugar, está bien impuesto de lo ocurrido. No le haría yo la justicia que merece si dejara de mencionar aquí que hizo cuanto pudo por servir a su país interviniendo extraoficialmente y amistosamente en estos negocios.

Deseando que en los Estados Unidos se tengan datos desapasionados y exactos del estado de la República y de lo que ocurre en ella, solicité del editor del *Tribune* de Nueva York, uno de los periódicos más acreditados de aquella ciudad, que enviara a uno de sus redactores como corresponsal de dicho periódico en México y le ofrecí proporcionar a la persona que mandara todas las facilidades que estuvieran a mi alcance para el mejor desempeño de su comisión. El señor Kane O'Donnel, escritor distinguido, fue nombrado con este objeto. Le di pasaje en el vapor *Wilderness* que me trajo a Veracruz, lo llevé a Tehuacán a que viera la segunda división de nuestro ejército y lo traje conmigo a esta ciudad. Muy ajeno estaba yo a imaginarme que hubiera quien viera en esto alguna red tendida contra nuestra patria, o quien me tuviera a mal lo que yo he hecho, creyendo que convenía a los intereses de la nación.

Veo que me he extendido en esta carta más de lo que deseaba; pero creo que la importancia del asunto a que se refiere me justifica.

Soy de usted muy atento, su afectísimo amigo y seguro servidor.

Matías Romero

DEUDA EXTERIOR
DEL IMPERIO DE MAXIMILIANO

Número 4

Resumen de la deuda exterior

Deuda del imperio conforme a la balanza del conde Gerniny de fin de diciembre de 1866.

Préstamos de 864: 6 por 100 con inclusión de 110 millones de francos aplicamos a gastos de guerra	311,600,100,00
Préstamo de 865, 1ª serie	250,000,000,00
Préstamo de 865, 2ª serie	250,000,000,00
Deuda inglesa consolidada de 851	258,089,580,00
Deuda inglesa consolidada de 864	<u>122,592,960,00</u>
Fs.	1,192,282,640,00

Si se agregan por resto de gastos de guerra, según el espíritu de la convención de Miramar	<u>216,000,000,00</u>
Fs.	1,408,282,640,00
A cinco francos por peso, son pesos	281,656,528,00

GASTOS DE LA EXPEDICIÓN FRANCESA

Número 14

Tesoro francés

Napoleón III, 1864

Por el artículo 9º del tratado que en la misma fecha 10 de abril de 1864, celebró Napoleón con Maximiliano, y que se conoce por tratado de Miramar, se reconocieron los gastos de la expedición francesa desde su principio hasta julio de 1864, por la suma de

. 270,000,000

A deducir:

Lo abonado en cuenta en los términos

que expresa la operación número 2 54,000,000

Deuda a cargo de México con el rédito
anual de 3% 216,000,000